



Naturaleza: árboles, plantas y frutos

Algunos expertos dedicados a la divulgación del mensaje simbólico implícito en la panorámica iconográfica del arte románico, parecen emplear todo su esfuerzo en difundir lo relativo a los programas figurativos de los animales, fantásticos o no, del ser humano y de las imágenes bíblicas, y olvidan otros temas de gran interés como son los motivos relacionados con la Naturaleza a los que, en general, consideran simples elementos decorativos. La representación en el arte románico de árboles, plantas y frutos, es algo consustancial con este estilo arquitectónico y esconde un alto grado de contenido simbólico de tanta o mayor significación que el de otras imágenes figurativas.



Los motivos vegetales conquistan con naturalidad las arquivoltas de las portadas, canecillos, capiteles, impostas, cornisas, etc., tanto en el exterior como en el interior de las iglesias. Raro es el templo que no cuenta con un elemento fitomórfico en su estructura iconográfica, lo cual evidencia la puesta en valor de su poder simbólico y su personalidad indiscutible. «La Naturaleza entera puede tomarse como un símbolo de la realidad sobrenatural», afirma René Guénon en *Símbolos fundamentales de la ciencia sagrada*.

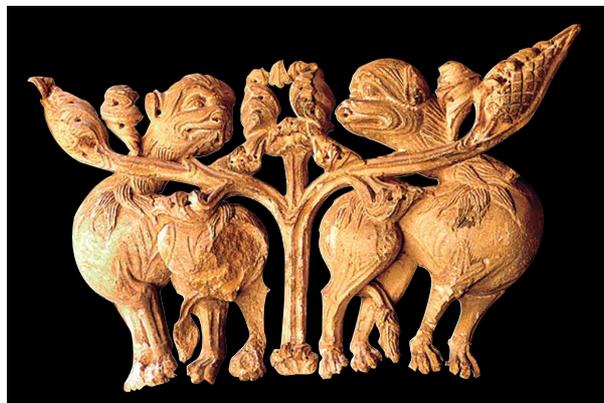
Todas las culturas y religiones conocidas dispensan al árbol una admiración trascendente. Se relatan fantásticas historias donde realidad y





leyenda se mezclan en una maravillosa comunión entre árboles y dioses, en las que, a veces, no se llega a discernir con claridad quién tiene mayor protagonismo, si el árbol o el dios.

La vida y el destino de los hombres han estado siempre vinculados al árbol, al que se ha llegado incluso a rendir veneración. El árbol, para el mundo románico, es la expresión de la presencia divina en la Tierra y reflejo de la íntima relación existente entre el hombre, la Naturaleza y la divinidad. Es el pilar y eje cósmico, nexo de unión entre el cielo y la tierra. Es el símbolo de la regeneración, de donde surge la vida abundante y multiplicada, también del Paraíso, de la sabiduría y del crecimiento espiritual.



Las Sagradas Escrituras revisten al árbol de gran dignidad:

...y en medio del Jardín el Árbol de la Vida y el Árbol del Conocimiento del bien y del mal. (*Génesis 2:9*).

Un árbol había en el centro de la tierra de altura muy grande. El árbol creció, se hizo corpulento, su altura llegaba al cielo... (*Daniel 4:11*).

...a ambos lados del río hay árboles de vida que dan fruto doce veces, una cada mes, y sus hojas sirven de medicina para los gentiles. (*Apocalipsis 22:2*).

La genealogía de Jesús se representa con un árbol; un hombre tendido (Jesse, padre de David) del que surge un árbol cuyas ramas se elevan al cielo.

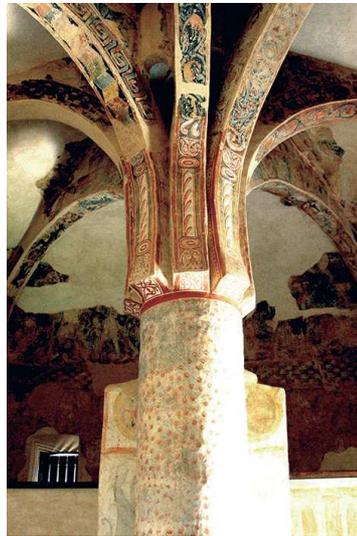
La *palmera* es, junto con la vid, el árbol más simbólico del cristianismo. Su figura se utiliza como atributo de los mártires de la iglesia, a los que se representa con una palma en las manos. También lo es de





la victoria de la vida sobre la muerte y de la armonía y la belleza. Los textos bíblicos así lo revelan. En el evangelio de *San Juan 12:13* se escribe: «Cuando la multitud oyó que venía Jesús, tomó ramas de palmera y salió a recibirle»; en *Salmos 92:12*: «El hombre justo florece como la palmera»; y en el *Cantar de los Cantares, 7:7,8* se rinde tributo a su belleza de forma poética y muy sugerente:

¡Qué bella eres, qué hermosa, oh amor, en tus delicias! Tu talle es como palmera, tus pechos, son los racimos. Pienso subir a la palmera, ¡voy a cosechar sus racimos!



En un hermoso texto apócrifo de *Pseudo Mateo* donde relata la huida a Egipto, se aprecia cómo le es concedida la condición de árbol sagrado; la familia paró a descansar bajo una palmera. Jesús le pidió que doblara su tronco para alcanzar su fruto, cosa que hizo, permitiendo que disfrutaran de su sombra, comieran de sus frutos y saciaran su sed con el agua que manaba del manantial de sus raíces. Jesús, agradecido le dijo:

Te otorgo este privilegio, palmera, que una de tus ramas sea trasladada por mis ángeles y plantada en el Paraíso de mi Padre.

Muchas iglesias y monasterios en la geografía española disponen de espacios con columnas de las que surgen nervaduras que forman un

Detalle de un panel interior de la Iglesia de San Esteban. Moradillo de Sedano. Burgos

Palmera estructural de la Ermita de San Baudelio Casillas de Berlanga. Soria





conjunto semejante a una palmera. La capilla mozárabe de San Baudelio de Berlanga, en Soria, es un claro ejemplo de ese diseño estructural. Estas formas arquitectónicas son clásicas de las salas capitulares de los monasterios cistercienses y muy comunes en los templos góticos.

El *acanto* es el motivo vegetal más empleado en la ornamentación del arte románico, ocupa un lugar muy significativo en su arquitectura como son los capiteles de las columnas, tanto en el interior como en el exterior de los templos.

El hecho de que el acanto sea la planta más representada en la escultura románica se debe, tal vez, al deseo de los maestros constructores de reflejar en sus obras el simbolismo que en la antigüedad se le atribuía: la inmortalidad y la vida eterna. También evoca la leyenda del escultor griego Calímaco, que cuenta cómo éste, paseando por un cementerio, observó que de una cesta colocada en la tumba de una joven corintia surgía un hermoso ramo de acanto; quedó tan impresionado por la belleza del conjunto, que le inspiró la idea del capitel corintio, en el que se basan numerosos capiteles románicos. El cristianismo añade a los atributos antes citados, el de la conciencia y el sentimiento de culpa por el pecado.

La *piña* ha sido apreciada como una de las piezas simbólicas esenciales por todas las culturas y religiones tradicionales. Asirios, sumerios, egipcios, griegos, romanos y pueblos orientales, eligen este fruto como un símbolo de fecundidad e inmortalidad y le conceden el más alto nivel espiritual. Todos ellos utilizaron la piña en sus escenificaciones escultóricas y pictóricas.

Detalle de la galería porticada de la Iglesia de Nuestra Señora de la Asunción Sauca. Guadalajara

Capitel de la galería porticada de la Iglesia de San Miguel. Fuentidueñas. Segovia





Según la mitología griega, el árbol piñonero estaba consagrado a la diosa Cibeles y la piña asociada al dios Dionisos; su báculo estaba adornado con este fruto, al igual que el cetro del dios egipcio Osiris que estaba rematado con una piña y dos serpientes entrelazadas. La piña se asocia con la energía vital y el conocimiento. Para el esoterismo ocultista, la piña es el símbolo de «el tercer ojo», que los hinduistas colocan en el centro de la frente, lugar relacionado con la posición en el cerebro de la glándula pineal, que algunos autores vinculan con la interioridad espiritual del ser humano. Descartes, en su obra *Meditaciones metafísicas*, dice que la glándula pineal, que tiene forma de piña, «es la parte del cerebro donde se sitúa el alma y el lugar donde se generan todos los pensamientos».

En el Vaticano hay una enorme piña en una plaza llamada «de la piña», flanqueada por dos pavos reales. Piña y pavos reales son símbolos cristianos de inmortalidad, resurrección y regeneración espiritual. Si una piña se encuentra entre dos aves o animales que se la disputan, sugiere la verdad manifestada.

En la escultura románica, la piña es un fruto muy representado; se puede ver en cualquier disposición, principalmente en los capiteles de las columnas de naves, claustros y galerías porticadas.



La *vid* es el árbol del mundo e ideograma ancestral de la humanidad. El néctar obtenido de sus frutos ha sido partícipe de las alegrías y las tristezas del hombre desde tiempos inmemoriales. De su importancia y protagonismo en la vida del ser humano dan cuenta innumerables escritos milenarios, antiguas leyendas y tradiciones.

El dios Dionisos, Baco para los romanos, enseñó a los humanos a cultivar la *vid* y a sacar de sus frutos el preciado vino. Orfeo, el argonauta

